

# EL MOTÍN

Año XLI

Madrid, Sábado 3 de Septiembre de 1921.

Número 36.

## EL MOTÍN

PERIÓDICO SEMANAL  
SE PUBLICA LOS SABADOS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN  
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

### PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, 1'50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1'50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho a recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

## Moros y cristianos

### ¿QUÉ HACEN ESOS FRAILES?

Si Cervantes, rescatado de los piratas argelinos por 600 ducados, levantara la cabeza y viera que en el siglo XX todavía hay cautivos entre los moros, preguntaría seguramente dónde estaban metidos los frailes trinitarios que en su tiempo se dedicaban al rescate de cautivos, y á buen seguro que pocos podrían darle una respuesta adecuada.

En la Iglesia existen dos órdenes religiosos genuinamente españolas dedicadas al rescate de los cautivos que se hallan en poder de infieles, de un modo especial entre los moros. Estas órdenes son la de la Trinidad y la de la Merced, cuyos miembros están conocidos vulgarmente por frailes trinitarios y mercedarios. Los mercedarios, que apellidan á su instituto «orden militar», estuvieron muy extendidos en Cataluña, y en Barcelona tenían su convento en lo que hoy es parroquia de la Merced y Capitanía general. Hoy muy tranquilos vegetan en la Iglesia del Buen Suceso, plaza del mismo nombre, en lo que fué antiguo convento de servitas.

Los trinitarios residían en Barcelona en la Iglesia de San Jaime, de la calle de Fernando, y su convento, que era muy espacioso, llegaba hasta la calle de Avinyó. Hay trinitarios calzados y descalzos, como también mercedarios, según su regla es más ó menos susterá. Gozaron en tiempos pasados de mucha popularidad y prestigio; recaudaban limosnas para redimir los cautivos; trataban personalmente con los moros de los rescates y hacían voto solemnemente de quedarse en rehenes en poder de los moros en lugar de los cautivos hasta que se recaudaba ó completaba la suma que pedían los piratas. Muchos de estos frailes, según cuentan sus crónicas, hallaron la muerte y el martirio en tan hermoso acto y otros eran el consuelo y el paño de

légimas de sus compañeros de cautiverio.

La finalidad de las órdenes de la Trinidad y de la Merced, aparte del acto caritativo de librar á los cristianos de los malos tratos que les infligían sus amos despoticos, era evitar el peligro de que apocástan de la fe católica por librarse de las penalidades que sufrían, dilema que se les presentaba á diario por sus vergüenos.

Con el transcurso de los tiempos fué desapareciendo el objetivo de las órdenes de la Trinidad y de la Merced, fundada esta última por mandato expreso de la Virgen en 1223, pues sin duda la excelencia no tuvo presente que ya en 1196 San Juan de Mata había fundado la de la Trinidad con este mismo fin.

Desaparecieron los cautivos, no tenían razón de existir los rescatadores y redentores. Pero estos frailes no opinaron así, y aunque muy en decadencia, alegaron que en el mundo no sólo había cautivos materiales, sino también de la ignorancia y del pecado; y fundaron colegio y se metieron en las cómicas y productivas andanzas de la fraillería moderna.

Pero estalla el conflicto africano; empiezan á cortarse por centenares y quizás por miles los cautivos y prisioneros de guerra é infieles, y estos rescatadores se callan como muertos y no dan señales de vida, faltando á la regla general de su orden, á sus votos y á sus obligaciones más sagradas.

Los mercedarios tienen todavía varios conventos en España y los trinitarios también. Si mal no recordamos, nos parece que obtuvieron la exención del servicio militar en atención á la misión que les distinguía. Estos frailes, pues, deben ponerse en comunicación cuanto antes con el alto Comisario, salir en legión para Melilla y recabar lo que para otros es un heroísmo y para ellos un deber, ó sea negociar y tratar del rescate de todos los prisioneros y cautivos que allí se hallan, pues la Iglesia les fundó para este fin, y la Virgen de las Mercedes no podrá mirar con buenos ojos á sus hijos los mercedarios si ve que repudian el practicar la obra meritoria para que fueron instituidos.

Los frailes trinitarios tienen su casa central en Alcázar de San Juan, provincia de Ciudad Real, y los mercedarios tienen su residencia en Barcelona, en la plaza del Buen Suceso, en la iglesia que está contigua al cuartel del mismo nombre, antiguo convento de frailes servitas.

¡A África, reverendos padres! ¡A Melilla, ilustres hijos de la real, sagrada y militar orden de la Merced! Allí hay cautivos; allí hay cristianos que rescatar; allí lloran y sufren millones de la Iglesia católica que fueron á llevar la luz de la cultura y á coadyuvar á la difusión de la fe que realizan los franciscanos.

Esperamos que no seréis remisos al llamamiento que os hacen de consuno la patria y vuestros votos, y esperamos en bre-

ve poder celebrar en estas páginas vuestras hazañas en el rescate y redención de cautivos.

FRAY GERUNDIO

## Mendicidad disfrazada

Con este mismo título publiqué un artículo en el número de EL MOTÍN del 17 de Enero de 1918, en el que decía:

«La mayoría de los periódicos españoles estamos actualmente viviendo de la mendicidad disfrazada.

Lo mismo los que celebramos rifas.

Que los que damos regalos.

Que los que distribuimos localidades de teatro.

Que los que facilitamos viajes.

Que los que aceptamos que el Estado anticipe á la Papelera la enorme diferencia que hay entre el precio del papel hoy y el que tenía en 1914.

Todos, todos vivimos de la mendicidad disfrazada; mal que nos pese, mal que nos duela; aunque lo neguemos, aunque nos indignemos si nos lo dicen.

Reconozco, sin embargo, que hay alguna diferencia, en la forma solamente, entre los mendigos que tienden la mano al transeúnte en la calle para ver si logran retardar su muerte, y los que apelamos á cualquiera de los medios que he indicado ó á otros equivalentes para prolongar la vida; en el fondo coincidimos los que piden en nombre de Dios ó la Virgen, y los que lo hacemos en el del progreso y la cultura.

He dejado adrede de hablar de los periódicos vergonzantes (no está aquí empleada en su verdadera acepción esa palabra) que se ocultan para tender la mano en Ministerios, Bancos, Compañías privilegiadas, Embajadas, Casas de juego, etcétera, etcé, periódicos de los que, aun cuando todos sabemos que existen, no debe hablarse por decoro de la Prensa, y que, á decir verdad, tampoco llevan vida muy próspera.»

Y dije todo eso como preámbulo á la noticia de que iba á rifar 30 lotes de libros de á 500 pesetas cada uno para poder continuar publicando el periódico.

No defendí ni condené ninguno de los procedimientos mendicantes; me limité á señalarlos.

¿Con qué propósito? Con el de disculparme conmigo mismo por aquella petición de *fordiosero pudoroso* que me veía obligado á hacer. Cada vez que se ha dado un caso de estos me he sentido avergonzado ante mis ojos. La limosna, solicitada directa ó indirectamente, nunca favorece, aunque no siempre desprestigia.

Ignoro, por haber estado desde



aquella fecha metido en mi rincón, si alguno de los periódicos de entonces ha podido emanciparse ¡asi fueran todos! de la tiranía de la necesidad; sólo sé que á EL MOTIN no le ha ocurrido eso; pero que, en cambio, he disfrutado y disfruto á cada paso satisfacciones grandes, al ver que hay, lo mismo en España que en Cuba y Puerto Rico personas que aprecian mi labor y sienten por mí simpatía, afecto, cariño fraternal. Y esto me halaga tanto, que á ratos me olvido hasta de que puede llegar un día en que deje de publicar el periódico por la misma razón que cesé de publicar libros y folletos.

Esto no quiere decir que no haya momentos en que esté á punto de disculpar á los que, en vez de tender la mano, demanan limosna como el mendigo del *Gil Blas*, echándose á la cara la escopeta. Es esto menos humillante y más gallardo. Y hasta es envidiado y aplaudido el que da un buen golpe. Y es lógico que así sea: en una sociedad regida por el éxito, nadie se fija en los medios á que se apeló para alcanzarlo.

Pero basta de verdades á lo Pero-Grullo, y al asunto.

Tengo impresos hace cinco años veinte pliegos de un libro titulado *Dioses mayores*, en el que recopilé los artículos más salientes de cuantos escribí juzgando la labor política de los jefes republicanos hasta 1899. Me fa ta imprimir el primer pliego, que dejé para insertar unas *Advertencias* á guisa de prólogo. Tiré solamente cien ejemplares de ese libro, y...

¿Pero á qué perder el tiempo en relatar lo que todos podrán comprender mejor leyendo tres de las *Advertencias* que incluí en el primer pliego, si me decido por fin á terminar el tomo y ponerlo á la venta?

### "PRIMERA

Se me solicitó varias veces para que escribiera un libro relatando ciertos hechos de carácter reservado en que intervine dentro del republicanismo, ofreciendo pagármelo á buen precio, y me negué siempre, porque hubiera tenido que juzgar duramente á hombres que no podían defenderse por haber muerto.

¿Que esos hechos, me objetaban, habrían tenido gran interés para la Historia, y más documentando algunos como podía hacerlo yo?

—No soy de los que creen en las enseñanzas de la Historia; aún en los casos más parecidos, son diferentes las causas que los determinan. Por otra parte, ¿qué adelanta el Pueblo con enterarse del por qué no ha sido proclamada la República? Convencerse de que á él le alcanza gran parte de responsabilidad, por haber desoído á los que trataban en vano de apartarle del culto idolátrico que constantemente

rindió á los jefes; vicio del que no se ha curado ni lleva trazas de ello.

No esperen, pues, los lectores de este libro encontrar novedades ni sorpresas. Recojo en él lo más saliente de lo publicado en EL MOTIN juzgando la conducta política de Castelar, Pi y Suñer, Salmerón y Ruiz Zorrilla, sin añadir nada que callase cuando vivían. Aunque la muerte no es una disculpa ni una justificación, no debo decir ahora lo que creí prudente callar antes.

Aparte de que basta lo reproducido en este tomo para juzgar la política de aquellos hombres desde que cayó la República, y para demostrar que yo, al atacarlos porque no se unían, cumplí con el deber que me impuse al fundar EL MOTIN.

### "SEGUNDA

De este libro hay sólo cien ejemplares.

¿Por qué? Por lo siguiente:

Tenía compuestos siete pliegos, cuando por la carestía del papel no pude adquirir el necesario para los dos mil tomos que pensaba tirar.

No mandé distribuir la composición por si las cosas variaban; pero al ver á los cinco ó seis meses que el precio del papel iba en aumento, se me ocurrió aprovechar un pequeño resto que me había sobrado de la tirada de otros libros para hacer una edición de cien ejemplares de éste, que regalaría á los amigos que en cualquier forma se hubieran interesado por la vida de EL MOTIN.

Puse manos á la obra, y cuando estuvieron á los cuatro meses tirados todos los pliegos, excepto el primero, había aumentado de tal modo el número de los que tenían derecho á mi gratitud, que renuncié á mi propósito por la imposibilidad de demostrarla á todos, privándome así de una satisfacción inmensa. Esto fué en 1916.

En una de mis frecuentes y desagradables peripecias económicas, pasé que acaso pudiera sortearla terminando el tomo, numerando los ejemplares como se hace con algunos libros raros y señalando precio alto á cada uno; pero no sé qué fué más pronto, si ocurrírseme esta idea de acaparador ó rechazarla indignado. Salí del paso anunciando un nuevo sorteo de libros, y hasta otra.

Mis, ¡oh persistencia de las ideas que al conjuro de una necesidad surgen en cualquier cerebro! Siempre que se le presentó ocasión á la que he dicho, la sentí rebullir en el mío, y, lo confieso avergonzado, cada vez me indignaba menos, hasta llegar por fin un día en que, á falta de argumentos, apelé á este sofisma para convencerme de que podía ser calificado de raro este libro, sino precisamente por lo que contiene, por haberlo escrito yo.

«¿Qué rareza mayor, me dije, que la de probar á quienes lo lean dentro de años años, que existió un hombre tan

necio que, sin tener en cuenta aquello de que la opinión es mas fuerte que la verdad, estuvo siempre malquistado con la primera por servir á la segunda?»

Porque podrá discutirse si en todos los trabajos recogidos en este libro resultó la verdad bien servida, mas no dudarse de que los escribí sin preocuparme de la opinión. Y han sido tan contados los hombres que durante los cincuenta años últimos dejaron de adularla y de arrastrarse á sus pies, unos por cobardía, otros por tenerla propicia para elevarse ó medrar, que tengo indiscutible derecho á que se me considere un ejemplar raro en política.

Apesar de ocurrírseme tan burdo sofisma, he ido demorando hasta hoy el hablar de esto. Si la novedad del caso influyera en que se me absolviese de la osadía del intento, no me parecería tan censurable este proyectado atraco bibliográfico.

### "TERCERA

Se me censuró con frecuencia por mis ataques á los jefes republicanos sin tener en cuenta que para escitarlos á la unión y combatirlos si no la pactaban fundé EL MOTIN en 1881.

He aquí el programa que lancé en el primer número:

«Con tristeza lo digo: jamás partido alguno se ha destrozado con más saña ni fraccionado en más agrupaciones que el republicano.

¿Y por qué? ¿Por divergencia de principios? No, que todos estamos conformes en lo fundamental. Por mezquinas rivalidades personales; por el afán de ser cada uno el primero.

Pero será justo; no es el partido el culpable; lo son los hombres que aspiran á dominarlo, y que se insultan y deprimen á cada paso, sacrificando á sus emulaciones ó á sus ambiciones el triunfo de la democracia.

A combatir esa conducta vengo, en los momentos que me deje libres la lucha sin cuartel que sostendré contra los monárquicos.

El que derribase una catedral sólida y firme para construir con sus materiales pequeñas ermitas, incapaces de resistir á un golpe de viento, ese obraría como nosotros actualmente. En cuanto un hombre reúne cuatro amigos que le sigan ó lee dos frases de alabanza en un periódico, ya forma su grupito, construye su ermita. Pronuncia cuatro palabras gordas, acomodadas á todas las torpezas, y á oficiar de pontifical.

Esto debe concluir y á que concluya vengo. A los sofismas, opondré razones; á las veleidades, constancia; á las palabras, hechos.

Creo que esto no es indisciplina; mas si lo fuere ¿de quién sería la responsabilidad? De los que nos dan el ejemplo.



Entiéndanse ellos y nos entendemos todos.»

Y leído ese programa, podrá condenarse la rufoza con que á veces atacó á los jefes, sin que esto me impidiera defenderlos y secundarlos cuando creía que iban á tomar el buen camino, mas no extrañarse de que, habiendo fundado EL MOTIN con el exclusivo objeto de trabajar por la unión de los republicanos, los combatiera al persistir ellos en dificultarla; absteniéndome, para hacerlo con entera independencia, de ingresar en ninguna de las fracciones en que mantuvieron dividido el republicanismo después de la restauración de la Monarquía.

Desgraciadamente para España, el tiempo se encargó de darme la razón, pues murieron todos sin haber visto restablecida la República, dejando al partido destruido de tal modo, que no hubo medio de rehacerlo para que volviera á ser lo que un día: la representación, mejor dicho, el símbolo de todas las esperanzas democráticas, todas las reivindicaciones de justicia, todos los anhelos de bienestar.

Los hombres que ocuparon sus vacantes al desaparecer ellos, sobre no tener sus talentos, ni sus prestigios ni su historia, siguieron la misma senda, cultivando y agrandando la división, atento cada cual á lo que particularmente le interesaba, seguidos y coreados por las masas también.

Y dicho lo que antecede, se explicarán todos que al final de mi vida me haga esta pregunta:

«¿Qué he sido en política? Un soñador y un iconoclasta, con mis puntas y ribetes de romántico. Se ha discutido mucho mi actuación, elogiándola unos y combatiéndola otros apasionadamente, y equivocándose cuantos no han visto en mí lo que he dicho.

«Fui iconoclasta por creerme estado como soñador? No me doy cuenta. Lo que si sé, es que no intenté nunca derribar dioses del Olimpo republicano para ejercer yo de Júpiter, como todos los jefes hicieron en los meses que duró la República y aun después que cayó. Cada cual se creía superior á los otros, y ninguno aceptaba el papel de segundo. Les faltó á todos aquella grande moral que hizo exclamar á Don Quijote: «Donde quiera que yo me siente, allí estará la cabecera.»

Y la prueba de que he sido un soñador, está en los trabajos contenidos en este libro. ¿Cómo, de no serlo, me hubiera propuesto unir, para que juntos trabajaran por la restauración de la República, á los que no lo intentaron para conservarla? ¿A los que se destruyeron frente al enemigo? ¿A los que, después de perdida, en vez de perdonar errores y olvidar agravios mutuos, dedicáronse con más saña aún á zaherirse y difamarse lo mismo en público que en privado, cargando cada uno sobre los otros el abruma-

dor fardo de las responsabilidades que á todos alcanzaban, y contagiando á sus respectivos partidarios de sus enconos y sus odios?

Mas me aparto de lo que me propuse al comenzar esta *Advertencia* y la termino repitiendo:

Que al combatir á los jefes republicanos no me separé del programa de EL MOTIN.

Y que el libro este no contiene ningún trabajo que no publicara viviendo ellos.»

Y dadas á conocer estas *Advertencias*, sólo me resta añadir que no pondré á la venta el libro, aunque lo termine, si allá para fin del corriente calculo que puedo ir defendiéndome hasta el mes de Diciembre en que los que no me han abandonado renováran su suscripción.

JOSE NAKENS

## ¡Los Candiles!

¡Bendita la Compañía que ha devuelto á los Madriles los moribundos candiles que faeron su encanto un día!

Como artificiales soles, bombillas y arcos voláticos desterraron los arcáicos adormecidos faroles.

Y nuestra V lla del Oso rasgó el nocturno capuz con el torrente de luz de un alumbrao precioso.

Perdido el aspecto tétrico gracias al arco volático, tuvo un triunfo lo prosaico á expensas de lo pético.

¡Si, señor! Madrid á oscuras tiene mayor poesía y se llena de alegría con galantes aventuras.

Es un suplicio dantesco la luz para los amores, y hoy gozan los amantes largos idilios al fresco.

Ha devuelto la delicia de la sombra protectora una Empresa explotadora á impulsos de la avaricia.

Pero nos hace felices; no lo podemos negar; que es muy dulce el disfrutar sombra para los deslices.

También es verdad que Caco, tan listo como Cupido, entre sombras ha podido volver al antiguo atraco.

¡Clasicismo delicioso de espadas y de ladrones y gritos y pescozones en el callejón medroso!

¡Qué dulce emoción promete para la gente moderna la noctívaga linterna en las manos del corchetel!

¡Bien haya la Compañía que ha devuelto á los Madriles los moribundos canfiles que faeron su encanto un día!

Yo algunas veces espero ver en la Puerta del Sol,

bajo aceitoso farol, al buen Rey Carlos Tercero.

JUAN GIL

## ¿Luz, civilización?... ¡Mentira!

Ajenos los hombres al sentimiento de humanidad y más ajenos al de fraternidad, se insultan, se provocan, se acometen y se matan con horrible sangre fría.

¿Y nos preciamos de haber visto la luz del progreso? ¿Y creemos ser civilizados? Masas heterogéneas de hombres, de mujeres y de niños se arrojan como fieras unas contra otras; ansian el múo aniquilamiento y la completa destrucción de sus contrarios; el plomo h rada las carnes, rompe los huesos y la sangre corre en carmeños arroyos, y los cadáveres se diseminan por montes y llanuras, y los cuervos acuden al olor de la carnicería, y los campos, y hasta las calles se convierten en exensos cementerios...

¡Amor, humanidad, justicia! Fuera de los labios, ¿dónde estéis?

A veces, para disculpar los mencionados horrores, se recurre al esp cioso motivo de conveniencias mercantiles; cuando á la adquisición de terrenos para el ensanchamiento de las naciones; á la razón de su barbarie los unos, y de su protectorado los otros... Y el caso es reñir, destruirse sin piedad, cual si se hubieran propuesto acabar con la especie humana, cual si en los corazones predominara el odio, cual si constituyeran un país de hienas y chacales.

No, no es este el progreso; no es esta la civilización; ¡mentira, mentira!

El progreso consiste en el respeto que recíprocamente han de inspirarse los mortales; en el sentimiento de simpatía que ha de unirles; en la defensa que han de hallar en todos los para todo; en la homogeneidad de sus aspiraciones al bienestar y á la paz de los pueblos; en convertir á éstos en semilleros de sabios, donde el débil esté salvaguardado por el fuerte; donde el hombre no tenga la bravura del toro, pero si la inteligente calma del ser reflexivo y razonador; donde la mujer no sea mueble de lujo, sino compañera leal que le ayude á inculcar sentimientos de bondad de elevación y grand za á los inocentes á quienes ambos den la vida.

¡Este será el mundo del progreso, este será el mundo de la civilización!

Porque el egoísta ocultará sus malas pasiones al ver que natie le secunda y que, en cambio, todos le desprecian. El violento dominará su cólera al notar que tiene más poder la palabra que las armas. Porque la Ciencia habrá superado á la fuerza bruta; porque la conciencia humana se habrá impuesto á la condición animal.

¿Qué este es el bello sueño, producto de un cerebro que ha perdido su vigor? ¿Qué el mundo siempre será mundo, ó lo que es igual, siempre habrá en él virtuosos y perversos, inteligentes é ignorantes, cobardes y temerarios, justos é injustos, víctimas y victimarios?

¡Convenido! Pero bórrese de la clasificación de los Estados las palabras *progreso* y *civilización* (por carecer de aplicación en nuestros días) y póngase en su lugar las de ambición y crueldad.

¡O hay que reformar los procedimientos, ó hay que re-formar ciertos vocablos!

ANGELES LÓPEZ DE AYALA

Ayuntamiento de Madrid



# Y va de cuento

Hubo un tiempo en que las escuelas orientales brillaban por su esplendor. Allí florecía la ciencia, allí estaba el foco de la sabiduría, de allí vino al occidente la civilización.

Un preceptor de Bagdad, llamado Asán, enseñó cuanto sabía (y era mucho) a varias generaciones.

A unos les enseñó los rudimentos de la filosofía y la ciencia de los astros, con lo que llegaron a ser virreyes y grandes sacerdotes... Y él continuó siendo maestro de escuela.

A otros les enseñó a leer, escribir, a dominar la ciencia de los números, con lo que se enriquecieron en los bazares haciendo mercaderes, traficantes, corredores... Y él continuó siendo maestro de escuela.

A muchos les enseñó el conocimiento de las plantas y sus aplicaciones, con lo que se hicieron médicos famosos... Y él entre tanto seguía siendo maestro de escuela.

Y recordaba con razón al sabio persa que solía decir:

«Todos se acuerdan del nombre de su primer perro y olvidan el nombre de su primer maestro.»

Los grandes sacerdotes, los altos dignatarios, los célebres, los sabios y los ricos, olvidaron con sus glorias el nombre del viejo Asán que les había enseñado los rudimentos de las letras y de la sabiduría.

Asán era ya viejo; sus gastadas fuerzas merecían descanso; le podía sin un trabajo inmenso llenar sus obligaciones.

Los chiquillos, viéndolo tan débil, no lo temían ni lo respetaban. Si el viejo les reprensión, le tiraban huecos de dátiles en verano, migas de pan en invierno. Si los amenazaba, los chiquillos se quejaban a sus familias de que el viejo gruñón los maltrataba.

Más de dos madres, furiosas con las quejas infundadas o las exageraciones de sus hijos, injuriaban al maestro llamándole viejo inútil, viejo cruel, viejo gruñón y malvado, incapaces de enseñar a sus alumnos un versículo del Corán, más no de tratarlos como si fuesen perros.

Cuando a fin de cada mes pedía sus honorarios, se los daban como una limosna.

Los mercaderes le insultaban cuando lo veían, llamándole burro viejo.

Aunque resignado al parecer, el viejo Asán estaba resentido de tantas humillaciones.

«Será posible, decía, que no se me agradezca el haberme sacrificado por más o menos tiempo?... Yo hubiera podido ser soldado, sacerdote o mercader, y tendríais sueldo o dadas, o una fortuna; he preferido ser útil a los demás... y se me recompensa con la miseria y con el desprecio público.

En esto sucedió que un día de fiesta salió el maestro a pasear por el campo. En los alrededores de Bagdad había por entonces mucha hierba... lo contrario de lo que sucede ahora en los alrededores de Madrid, donde ya se la han comido toda. En aquella hierba encontró Asán un torrico retazón atrevido de verde. Y el maestro se puso a contemplarlo con envidia, pensando para sí y murmurando entre dientes (pues sus dientes no tenían más ocupación que murmurar):

«Ere animal, no siendo más que un burro, es bastante más feliz que yo; ni él trabaja tanto como yo, ni yo soy más respetado que él... Es verdad que su amo lo apalea, pero bien pronto los chicos harán conmigo otro tanto... De todos modos, me lleva una ventaja: la de frotarse el lomo contra un árbol cuando se le antoja, sin que nadie lo critique... ¡Divino Profeta! ya que los burros son más respetados que los maestros de escuela... ¡cambia mi suerte por la de ese burro!»

«¡Concedido!», le respondió una voz en el espacio.

Asán, convertido en burro, tuvo una suerte perra. Su amo lo hacía ir al mercado todas las mañanas cargado de borlajas, llevaba muchos jalos, no tenía momento de reposo, y cuando lo tenía, los chiquillos lo matis-

rizaban tirándole del rabo, montándose encima, dándole de latigazos o tirándole de las orejas.

«Estaba escrito! murmuraba Asán; maestro o borrico. Siempre he de ser víctima de los rapaces... Y estos chicos del campo son peores que los de la ciudad... ¡Oh, Profeta!... ¿Por qué has cido mis votos?»

«¡Rechas de menos tu antigua condición?»

«murmuró la voz de las alturas.

«Lo confieso humildemente, respondió Asán.

«¿Qué tenías antes que no tengas ahora?»

«El sentimiento del deber.

«Quitate esa albarda, y vuelve a regir tu escuela.

Apenas el Profeta dijo estas palabras, cuando el viejo maestro despertó al ruido de unos cristales rotos.

Y vio que estaba en su escuela, donde uno de sus discípulos acababa de romperle sus lentes con un hueso de dátíl.

Mentalmente dio gracias al Profeta por el suño que le había enviado.

Y continuó siendo maestro de escuela.

NICOLÁS ESTÉVANEZ

## Siempre á lo suyo

El diario de Málaga *La Unión Mercantil* publica los siguientes párrafos de una carta escrita á un hermano suyo por un soldado de operaciones en Africa.

«...Respecto á la Adoración, también yo hice mi hora de vela, de dos á tres de la mañana, y para que nadie me interrumpiera en mis rezos al Santísimo Sacramento me sali sin que nadie me viera del pa rapeto y permancí de rodillas sobre una piedra.

El domingo que viene voy á pedir permiso para tomar la Sagrada Comunión con un compañero mío que no lo ha hecho nunca y que no creía en nada. Pero un día le ocurrió una cosa rara y vino asustado á contármelo. Verás.

Estando en el campamento estuvimos tres días cercados por los moros y no podía llegar convoy ninguno, pues tuvo que venir una columna de la Policía indígena. El último de estos tres días se nos terminó el agua, y este muchacho padecía fiebre y toda el agua que había era poca. Yo le di media cantimplora, y no había medio de darle más, pues en el campamento no había ni gota.

Entonces salió, ya desesperado, del pa rapeto, se sentó junto á unas chumberas cercanas, y lo que nunca hizo, lo efectuó aquel día. Se encomendó á la Santísima Virgen para que llegase el convoy, pero este no llegó; al poco rató vió cerca de él que moraba un boraco de agua.

El muchacho se asustó, bebió de aquel agua pura y llenó su cantimplora. Además le desapareció la fiebre. Vino á mí muy asustado y me dijo, después de haberme contado lo que le había pasado: «Llena tu cantimplora.»

Fuimos, y vimos con gran extrañeza que allí no había nada; y lo que él decía no era delirio, puesto que yo también bebí del agua que él tenía.

Desde entonces no hace más que decirme que quiere recibir al Señor para darle gracias.»

Si no se tratara de algo tan serio como la guerra, me chungaearía un poquito con los clericales que hasta de las catástrofes nacionales sacan partido para embaucar á las gentes.

¡Porque vaya si se presta á la broma lo del chorrito de agua para que beba un individuo, allí donde había tantos muertos de sed!

## ROGAD A TIEMPO

Marchando con su madre, Ines resbala, cae al suelo, se hiere, y disputando se hablan así después las dos llorando: —¡Si no fueras tan mala!... No soy mala. —¿Qué hacías al caer?... ¡Iba rezando!

RAMON DE CAMPOAMOR

Predicaba un cura rural contra el lujo de los mujeres y entre otras cosas decía:

«Lo mismo que esos corsés de última moda que gastáis para excitar la lujuria de los hombres. ¿Para qué esos gastos tan superfluos como pecaminosos? ¿Por qué no imitáis á mi ama, que sólo gasta un justillo azul, y sin embargo, da gusto verla y me vuelve tarumba?»

Se examinaba de *Derecho canónico* un mal estudiante, y le preguntó el catedrático:

—¿Por donde se entra á la iglesia? Meditó un momento, y dijo con aire resuelto:

—¡Toma...! Por la puerta.

Un clérigo muy glotón encargó una fuente de natillas á unas monjas.

—Haremos que el padre capellán le eche la bendición para que le sienten bien á usted—le dijeron.

—Me basta con que ustedes le echen el azúcar y la canela necesarias—contestó el clérigo.

—El maestro: Dime, ¿de dónde le vino la fortuna á tu padre?

—El niño: Del abuelo.

—El maestro: ¿Y á éste?

—El niño: Del bisabuelo.

—El maestro: ¿Y á este último?

—El niño: La robó.—GÖTHE.

AMIGOS QUE HAN ENVIADO CANTIDADES PARA AYUDAR A EL MOTIN

Don José Avellan, Madrid, 300 pesetas.

## CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

*La Carolina*.—Antonio Sánchez. Abonada su suscripción á fin Febrero 1922: Granada.—Matías Nieva. Id. á fin Julio 1922.

*Pueblo Nuevo del Terrible*.—Cándido Torrico. Id. á fin Diciembre 1921.

*Sama de Langreo*.—F. Velasco. Recibido su Guo de 30 pesetas á cuenta.

*Bañolas*.—Juan Blanch. Id. de 12 á cuenta.

*Ferrol*.—S. de Laiglesia. Id. de 6 Gracías.

*Oviedo*. J. Fandiño. Id. de 2 Conforme. Gijón. Félix López. Id. de 40 á cuenta.

*Málaga*. Miguel Torres. Id. de 16 Conforme.

Imp. Juan Pérez.—Paseje de Valdecilla, 2. Madrid.